

*Myrtia*, nº 27 (2012), 415-425

Los clásicos de Gabriela Mistral  
[The classics of Gabriela Mistral]

Minerva Alganza Roldán\*  
Universidad de Granada

Lucila Godoy Alcayaga, Gabriela Mistral para la literatura, ganó los *Juegos Florales* de Santiago de Chile en 1914. Tres años después, sin haber publicado siquiera un libro, en la antología de poetisas posmodernistas *Selva lírica* ya se daba como «seguro presagio que nuestra mejor poetisa será proclamada la primera del habla castellana de estos tiempos»<sup>1</sup>, augurio corroborado en 1945 por el Premio Nobel, que hasta entonces nunca había sido otorgado a un escritor latinoamericano. Sin embargo, prácticamente todos sus libros vieron la luz en el extranjero, donde residió desde que en 1922 partiera de Chile rumbo a México, hasta su muerte, acaecida en Nueva York el año 1957. Aunque ella misma se consideraba un puente entre modernismo y futurismo, en el panorama de la lírica chilena contemporánea su voz, personal y única, no tuvo continuadores: «Gabriela Mistral se separó de la Vanguardia y la Vanguardia condenó su obra a un anacronismo prematuro»<sup>2</sup>. El Premio Nacional de Literatura en 1951 y las celebraciones del centenario de su nacimiento en 1989 significan dos hitos importantes no sólo en la revalorización de Mistral entre los poetas chilenos<sup>3</sup>, sino también en el cuestionamiento por la crítica del estereotipo que la reduce a la maestra de escuela que canta a la maternidad y a los niños<sup>4</sup>.

---

\* Dirección para correspondencia: Departamento de Filología griega y Filología eslava, Campus de la Cartuja s/n, 18071, Granada (España). E-mail: malganza@ugr.es.

<sup>1</sup> Véase J. MOLINA NÚÑEZ–J.A. ARAYA, *Selva lírica*, Santiago de Chile, 1917, XIV (consultado en la versión digital de *Memoria chilena. Portal de la cultura de Chile*, <<http://www.memoriachilena.cl/temas>>). Casi toda la obra poética de Mistral y parte de la prosa, además de estudios biográficos y una bibliografía selecta, están disponibles en la mencionada página *web* y en estas otras direcciones: <http://www.gabrielamistral.uchile.cl>; [cvc.cervantes.es/literatura/escritores/mistral](http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/mistral); [www.litesnet.com/lithispanet/ch\\_mistral\\_gabriela.htm](http://www.litesnet.com/lithispanet/ch_mistral_gabriela.htm).

<sup>2</sup> J. QUIROGA, «La poesía hispanoamericana entre 1922 y 1975», en R. González Echeverría, E. Pupo-Walker (eds.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana II. El siglo XX*, Madrid 2006, 339.

<sup>3</sup> Así ocurre con Nicanor Parra, quien pese a la ironía ácida del «Epitafio» – «Yo soy Lucila Alcayaga/alias Gabriela Mistral/ primero me gané el Nobel/y después el Nacional/ a pesar de que estoy muerta/ me sigo sintiendo mal /porque no me dieron nunca/ el Premio Municipal»

Otro de los lugares comunes sobre la Nobel chilena ha sido achacar los registros coloquiales y folklóricos característicos de su escritura a un origen humilde y campesino, y, sobre todo, a carencias culturales. Así, uno de sus primeros críticos, Raúl Silva Castro, asegura que, aparte de la Biblia, sólo había leído obras de «modesta importancia» y que «como no ha tenido una ilustración formal y completa,... como carece de maestros que informen sus gustos y guíen sus exploraciones literarias, adopta lo que cae en sus manos». Más adelante, a propósito de las fuentes de *Desolación* (1922), el libro inaugural de Gabriela, dictamina: «La autora no conoce la cultura greco-latina en todo lo que ella tiene de profundo y preciso. De joven no leyó a Plutarco, a Hesíodo ni a Horacio, a Píndaro ni a Ovidio». En conclusión, sentencia Silva: «Abandona a Grecia para hundirse en Israel y en la India»<sup>5</sup>. Varias décadas después, otro crítico, Luis Vargas Saavedra, matiza tales afirmaciones en el sentido siguiente: «Bien se conoce el americanismo telúrico de Gabriela Mistral; mal se le calcula su amor a los clásicos grecolatinos. No los tuvo de niña ni de joven; se los adquirió probablemente a partir de 1922, en México, con Vasconcelos y Palma Guillén»<sup>6</sup>.

Cabe recordar que José de Vasconcelos, entonces secretario de Instrucción pública, fue quien encargó a Mistral la reforma de las escuelas y bibliotecas mexicanas, asignándole como ayudante a la joven Palma, que se convertiría en íntima amiga y estrecha colaboradora. Pues bien, entre las acciones culturales de Vasconcelos destacan las ediciones masivas de clásicos de la literatura universal, donde figuraban Homero, Platón, Eurípides, Esquilo, Plutarco e incluso Plotino, pero ningún autor latino, lo

---

(*Poemas para combatir la calvicie. Antología*, México, 1993)–, en otro poema reconoce: «He dicho varias veces/ y lo repito con muchísimo gusto/ que este país debería llamarse Lucila/ de lo contrario que se llame Gabriela/... es una novia abierta al infinito/ una viuda perpetua/ una madre que no se olvida nunca» (citado en L. FIGUEROA, K. SILVA, P. VARGAS, *Tierra, indio, mujer: pensamiento social de Gabriela Mistral*, Santiago de Chile, 2000, 6).

<sup>4</sup> Sobre el particular, véanse K. OYARZÚN, «Genealogía de un ícono: crítica de la recepción de Gabriela Mistral», *Nomadías* 3, 2 (1998), 21-37; N. GIRONA, «Introducción», en Gabriela Mistral, *Tala. Lagar*, Madrid, 2001, 17-25.

<sup>5</sup> *Estudios sobre Gabriela Mistral, precedidos de una biografía*, Santiago de Chile, 1935, 13-24. Aunque Silva niega que el libro obedezca a «un deseo preconcebido de denigrar a un poeta» (XV), para Mistral, quien lo consideraba un amigo, será «el panfleto que le publicó una editorial chilena a la mala persona que se llama en Santiago don Raúl Silva Castro y que él ha distribuido en el extranjero en una empresa de denigración literaria»: cf. *Homenaje a Gabriela Mistral*, *Orfeo* 23/27 (1967), 170.

<sup>6</sup> Cf. *Tan de usted: epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Santiago de Chile, 1991, 144.

que testimonia el desdén hacia el legado de Roma no sólo de este intelectual y político, sino de toda una corriente de pensamiento, mayoritaria en Hispanoamérica desde la Ilustración, que identificaba latín y escolasticismo, y al Imperio con la época colonial y los imperialismos contemporáneos<sup>7</sup>. De hecho, aunque Mistral afirme que «a los pueblos de habla española no les corresponde otra política cultural que clásica... Somos latinos aunque seamos indios. Roma llegó hasta nosotros bajo la figura de España»<sup>8</sup>, la presencia de la literatura romana en su obra prácticamente se circunscribe a la *Eneida*, citada en un poema de *Tala* y en algún otro escrito<sup>9</sup>. Su predilección por los clásicos helenos se plasma, así mismo, en el listado de lecturas selectas que remite desde México a sus antiguas alumnas del Liceo de Santiago: «Descarten a Platón entre los autores recomendados al quinto año. Pero mantengan a Esquilo, *La Odisea* de Homero y *La divina comedia*. Después del Quijote es su obra capital, y es indispensable su lectura»<sup>10</sup>.

Entre las amistades mexicanas de Mistral destaca Alfonso Reyes, su «Alfonso clásico grecorromano»<sup>11</sup>. Gabriela le manifiesta desde Brasil por carta su confianza en que sabios humanistas como el mismo Reyes y Henríquez Ureña logren acercar «sus clásicos a la muchachada sin que ésta suelte la risotada o les diga reaccionarios», ya que

---

<sup>7</sup> Dice el prócer mexicano: «dejémonos de latinismos... ¿Cómo hemos de empeñarnos en inventar parentescos con un pueblo cuyo genio literario es Cicerón? ¿Y por qué seguir afirmando que es muy dulce el seco Virgilio si ya nadie le recordaría, más que los estudiantes de literatura de no haberlo citado magnánimamente el Dante?» (cf. C. FELL, *José de Vasconcelos, los años del águila (1920-1925)*, México, 1989, 491, n. 376). Sobre la crítica de la civilización romana entre los intelectuales chilenos del XIX véase M. ALGANZA ROLDÁN, «Luces y sombras de la tradición grecolatina en los ensayos de Francisco Bilbao Barquín», *Bulletin Hispanique* 110, 2 (2008), 643-679.

<sup>8</sup> Cf. O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *Gabriela Mistral. Su prosa y su poesía en Colombia (Tomo I)*, Santafé de Bogotá, 2002, 402.

<sup>9</sup> «Se leen las Eneidas,/ se cuentan Ramayanas/ se llora la Viracocha/ y se remonta al Maya», dice una estrofa de «La Cabalgata» («la Santa Compañía; pero la de los héroes», anota la autora). En un ensayo juzga las reformas de México dignas de héroes civilizadores como Hércules y Eneas (P. P. ZEGERS (ed.), *Gabriela y México*, Santiago de Chile, 2007, 165). Nombra a Virgilio en dos escritos de 1932: en uno, su obra y las de Homero serían «los manuales verdaderos del único patriotismo», mientras que en *Elogio de Puerto Rico* considera al café más noble que «el vino en la viña de Virgilio que necesita al cabo malicia de hombre para volverse pasión»: cf. O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 147 y 465, respectivamente.

<sup>10</sup> La carta está fechada en 1922: cf. Gabriela Mistral, *Poesía y prosa*, (edición de F. Pérez), Santiago de Chile, 1984, 147.

<sup>11</sup> Véase la crónica titulada «Alfonso Reyes, maestro» (1933), en la cual alaba su *Ifigenia* y «un discurso sobre Virgilio que es una pieza prócer»: cf. P. P. ZEGERS (ed.), *op. cit.*, 165.

«se ha estragado hasta tal punto el gusto de los muchachos como para que vomiten a Esquilo y Platón les parezca algo así como el Bobo de Coria»<sup>12</sup>.

Por lo demás, el testimonio de Palma Guillén resulta esclarecedor sobre cómo la llaneza estilística de la chilena sería menos consecuencia del autodidactismo, que de sus opciones ideológico-literarias:

Gabriela era una persona de formación muy diversa de la mía. Sabía mucho y de muchas cosas y todo lo había aprendido por sí misma, sin escuela ni maestros... Ella estaba centrada en la América y aunque se hubiera leído, traducidos al español, a muchos escritores clásicos y modernos, era la América, la América Latina, la que le importaba. Yo estaba más cerca de Europa... y sabía más de Homero, de Lucrecio, de Schopenhauer o de Bergson que de Miranda, Sarmiento o Rodó, aunque hubiera hecho mis cursos de literatura hispanoamericana con el gran maestro Pedro Henríquez Ureña y aunque me supiera de memoria muchos versos de Darío y de José Asunción Silva<sup>13</sup>.

Consiguientemente, es en el horizonte de la reivindicación tanto de un lenguaje propio como de la idiosincrasia cultural de América donde cobran significado las reflexiones sobre estética y literatura que salpican la obra de Mistral, y en algunas de las cuales menciona a autores grecolatinos o bien discute la noción de lo «clásico» acuñada por el academicismo. Así argumenta su rechazo a la preceptiva retórica<sup>14</sup>:

Acaso a los profesores y académicos les sea más factible funcionar con un vocabulario embalsamado, para ir así mandarineando la eficacia de los moldes clásicos... el prurito académico y el pedagógico son como el curare: una ponzoña que paraliza el cuerpo vivísimo de un idioma que fue fabricado por hombres y mujeres de acción y de expresión, gente sin polvo ni moho en la lengua.

---

<sup>12</sup> Cf. L. VARGAS SAAVEDRA, *op. cit.*, 144. Para ilustrar el asunto, Gabriela le cuenta a Reyes una anécdota de su niñez en el Valle de Elqui: «un hotelero abofetea a un astrónomo gringo al oírle decir “atmósfera” y le grita “tu madre serla la ‘mósfera” porque él ha tomado la palabra como insulto puro».

<sup>13</sup> P. GUILLÉN, «Gabriela Mistral (1922-1924)», en G. Mistral - P. Guillén (eds.), *Lecturas para mujeres* (7ª), México, 1988 (consultado en <[www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios](http://www.gabrielamistral.uchile.cl/estudios)>).

<sup>14</sup> Citada por Morales Benítez en el «Prólogo» de su compilación (*op. cit.*, 36).

En un discurso pronunciado en México el año 1923 justifica la sobriedad expresiva de los chilenos diciendo<sup>15</sup>: «Huimos de lo excesivo, no por estética como los griegos, sino por deseo religioso de verdad». Y en su ensayo sobre el estilo de José Martí, al que considera el prototipo de poeta americano «clásico y moderno», tras resaltar gráficamente la familiaridad del cubano con griegos y romanos – «comió del tuétano de buey de los clásicos..., del alimento formador de la entraña»–, observa: «Gran sensato, Martí no tuvo la deplorable ocurrencia de tanto escritor nuestro de admirarle a Cicerón la letra y la ideología, y de creer que Homero o Virgilio obligan al descontento de la época y a una nostalgia llorona de Agamenón y de tal o cual César»<sup>16</sup>.

Particularmente incisiva resulta su crítica del canon estético occidental en *El tipo del indio americano*. La vergüenza del criollo por su sangre mestiza provendría de la imposición en la escuela, «por nuestros maestros renegados», del ideal europeo, «una belleza fijada para los siglos por la raza griega a través de Fidias» y contrapuesta a «la fealdad del indio». Se trataría, en realidad, de «el falso tipo de Fidias», una mera abstracción y, por lo tanto, sin correspondencia exacta con ninguna etnia o ser humano concreto<sup>17</sup>:

Imaginémonos una Venus maya, o mejor imaginemos el tipo de caballero Águila del Museo de México como el de un Apolo tolteca, que eso es. Pongamos ahora mejilla contra mejilla con él a los hombres de la meseta de Anáhuac. Cumplamos prueba idéntica con el Apolo del Belvedere del Louvre y alleguémosles a los franceses actuales que se creen sus herederos legítimos. Las cifras de los sub-Apolos y las de los sub-caballeros águilas serán iguales; tan poco frecuente es la belleza cabal en cualquier raza... Me leía yo sonriendo una geografía francesa en el capítulo sobre las razas. La descripción de la blanca correspondía a una especie de dictado que hubiese hecho el mismo Fidias sobre su Júpiter: nariz que baja recta de la frente a su remate, ojos noblemente espaciosos, boca mediana y de labios delicados, cabello en

---

<sup>15</sup> Cf. «Recuerdo de Chile» en P. P. ZEGERS (ed.), *op. cit.*, 125.

<sup>16</sup> Cf. G. MISTRAL, «La lengua de Martí», *Anales de la Universidad de Chile* 89 (1953), 98-99 (la primera versión de este texto apareció en el número de la *Revista Hispánica Moderna* correspondiente a enero de 1937). El rechazo de la retórica hueca explica que el discurso «con inflexiones de Marco Aurelio» del Presidente estadounidense, Calvin Coolidge, en la Conferencia Panamericana de 1928 sea para la escritora «el ejemplar de la literatura política, del sepulcro blanqueado que suelen enseñarnos las razas anglosajonas»: cf. «Sandino» en O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 455.

<sup>17</sup> Cf. P. P. ZEGERS (ed.), *op. cit.*, 256-259.

rizos grandes: Júpiter, padre de los dioses... Se sabe cómo trabajaba Fidias: cogió unos cuantos rasgos, los mejores éxitos de la carne griega... unió estas líneas realistas con líneas enteramente intelectuales, y como lo inventado fue más que lo copiado de veras, el llamado tipo griego que aceptamos fue en su origen una especie de modelo del género humano, de super-Adán posible dentro de la raza caucásica, pero en ningún caso realizado ni por griego ni por romano... El hombre de Fidias, puro intento de escultura de los dioses y proyecto de la configuración del rostro humano futuro, pasaría a ser, por la vanidad de la raza blanca, el verídico hombre europeo.

Sin duda, este ensayo redactado en 1932 durante su estancia en Nápoles como cónsul honoraria de Chile y donde defiende «la belleza diferenciada y también la opuesta de las razas», debe considerarse una réplica a las ideologías totalitarias de la Europa coetánea y, en concreto, al fascismo de Mussolini<sup>18</sup>. No obstante, el tema ya había sido abordado por Mistral con anterioridad en su semblanza de la escritora venezolana Teresa de la Parra: «Es probable que Minerva haya sido como ella y no como Fidias la impuso a los ojos griegos, convencionalmente... Los dioses se acomodan al cuerpo de sus fieles, con astucia, y el griego era moreno, como gente del vestíbulo del Asia, al cabo»<sup>19</sup>. Seguramente, añade, la diosa sería menos grave, pues «si con una oreja oía el coro de Esquilo, con la otra atendía a Aristófanes y a los poetas risueños». Y concluye: «Yo creo, pues, que Minerva se parecería a Teresa de la Parra si no la hubiera desfigurado el escultor por meterle en el gesto a Platón». Más adelante, la chilena ofrece su retrato de la Minerva auténtica, el cual, además de plasmar una perspectiva anti-academicista sobre la antigua Grecia, constituye toda una declaración de estilo:

Es posible que fuera ella, a pesar de las geometrías de Euclides, un poquito popular, un poco ladeada por el coro mismo de la tragedia hacia el mercado de Atenas y metida en los grupos de los ceramistas. No es

---

<sup>18</sup> Luego señala con sorna que los maxilares de un maya «pudiesen ser los de Mussolini, *quijadas de mascador de hierro*»: en P. P. ZEGERS (ed.), *op. cit.*, 268.

<sup>19</sup> Apareció en el suplemento dominical de *El Tiempo* (16 de julio, 1929): cf. *Gente Americana: Teresa de la Parra* en O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 315 s. En otro texto Mistral presenta al racismo europeo como algo ridículo y propio de analfabetos, ya que «el griego, la ilustre carne en que se hizo Aristóteles, llevaba una piel bastante oscura... la Provenza y el Sur de Italia están llenos de prietos ágiles, de cabellos como nuestros mulatos»: cf. P. P. ZEGERS (ed.), *op. cit.*, 231.

aventurarse mucho suponer que hablando, no con el Homero que la ceguera hizo grandilocuente, sino con las mujeres de la calle de Atenas, usara jerga popular, pimentada de burla. Se parecía, pues, a la Teresa venezolana que conversa conmigo en París.

En consecuencia, al clasicismo estético y su Grecia de cartón-piedra, tan idealizada como falsa, Mistral contrapone la cultura viva de las calles, talleres y mercados, y reivindica la expresividad del habla femenina frente a la pompa heroica. Todo ello sintoniza con su concepción de una poesía libre de corsés retóricos, pero atenta a los ruidos de la naturaleza, a las voces populares y al canto de los poetas<sup>20</sup>.

La expresión «los poetas risueños» remite a Rubén Darío, quien dio este título a la composición de *Prosas profanas* (1901) donde homenajea a sus modelos poéticos, juntando a Anacreonte y Ovidio con Quevedo y el parnasiano Banville. Con una intencionalidad parecida Mistral cita a Teócrito, Anacreonte, Salomón, Omar Kayyan, Petrarca y Tagore en «Elogio de la canción»<sup>21</sup>. Sin embargo, es probable que conociera a los líricos griegos de segunda mano y que su inclusión en este poema revele, ante todo, su deuda con el modernismo<sup>22</sup>.

Por el contrario, está claro que tanto Homero como los trágicos figuraron no sólo entre las muchas lecturas de la chilena, sino entre sus lecturas favoritas. De hecho, «el Homero que la ceguera hizo grandilocuente», desatendido por la Minerva-Gabriela, podría identificarse, quizá, con el de la *Ilíada*, una epopeya que apenas ha dejado rastro en su escritura<sup>23</sup>, a diferencia de la *Odisea*. Así, dos composiciones de

---

<sup>20</sup> La crítica a la retórica es un elemento recurrente en sus reseñas literarias. Por ejemplo, a propósito de la escritora chilena Marta Brunet afirma: «Yo no creo en los géneros según la retórica divididos por paredes de cemento. Hay fugas de un género a otro». El amor de Alfonso Reyes por el folklore de México contrastaría con el academicismo y el romanticismo, «dos atoladeros de nuestra pedantería», imperantes en la América latina (en O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 186 y 279, respectivamente).

<sup>21</sup> Dicen las estrofas primera y tercera: «¡Boca temblorosa,/ boca de canción:/ boca, la de Teócrito/ y de Salomón!// Es el beso ardiente/ de una canción:/ la de Anacreonte/ o de Salomón».

<sup>22</sup> Al hilo de este poema Silva Castro (*op. cit.*, 19) comenta que Lucila está «entregada a la imitación de modelos contemporáneos que le traen reminiscencias de todas partes y que le muestran elaboradas ya las imágenes de una antigüedad que podrá parecernos todo lo difunta que nos plazca, pero que se hace presente todavía en nosotros en cuanto encaramos el mundo».

<sup>23</sup> No hay ejemplos en la obra poética y sólo un par en la prosa: «La amistad aristotélica» cultivada por la poetisa Ester de Cáceres es «hazaña mayor que las de Aquiles», mientras que Sandino, el patriota nicaragüense, «alcanza y supera a las Troyas clásicas»: cf. O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 301; 455.

*Tala* aluden al episodio de Nausícaa<sup>24</sup> y a Circe, el romance del mismo libro, titulado «Nocturno», donde rememora el suicidio del poeta José Asunción Silva: «Una noche como esta noche,/ se han de dormir viniendo el día/ de Circe llena, esa sería/ la noche de José Asunción,/ cuando a acabarse se tendía» (vv. 1-5). Por otro lado, en sus colaboraciones periodísticas compara con Ulises a diversas figuras históricas y de la vida literaria<sup>25</sup>, referencias entre las que destaca esta alegoría en broma sobre la conversión a la Vanguardia de los creadores chilenos: «Corrimos riesgo muy grande en el Pacífico cuando los futurismos cayeron en altamarea sobre nuestros valles ingenuos. Los mozos recibieron esa marejada en pie y con los brazos abiertos, sin reservas ni defensa; no querían sino perderse, como unos Ulises sin Penélope»<sup>26</sup>.

Pero, sin duda, los clásicos de la Antigüedad más influyentes en Gabriela Mistral fueron los que llamó «padres trágicos griegos»<sup>27</sup>. Concretamente, los protagonistas de la *Orestíada* y del ciclo sofocleo sobre Edipo habitan en sus versos, desde los primeros poemarios hasta los inéditos a su muerte, aportando una fuerte carga emotiva a descripciones de la naturaleza que son también paisajes del alma. En una canción infantil de *Ternura*, la «Ronda de los colores», al amarillo, tono asociado con la vejez y el hastío<sup>28</sup>, «le abren paso todos/ como viendo a Agamenón», mientras que en «Agua» (*Tala*) Gabriela vive el alejamiento de la patria como un destierro y una

<sup>24</sup> Pasajes referidos: «Será que llama y llama vírgenes/ la vieja mar epitalámica;/ será que todas somos una/ a quien llamaban Nausicaa» («Mujeres Catalanas», vv. 1-4); «La tierra es fuerte como Ulises,/ el mar es fiel como Nausicaa» («Recado para la Residencia de Pedralbes, en Cataluña», vv. 15-16). Ambos poemas están dedicados a los niños de la guerra civil española, según aclara en la *Nota* a la primera edición (1938): cf. G. Mistral, «Razón de este libro», en *Tala/ Lagar* (ed. cit.), 239-240.

<sup>25</sup> Mistral ve similitudes entre las peripecias de Ulises y el mito chileno del Caleuche. Magallanes, a quien no le faltaba «ninguna virtud de las que Aristóteles quería para el pagano», sintetizaría a varios héroes de las fábulas, entre ellos el homérico: «Ulises está en él, pero sin Circe y la fanfarronería». El itacense reaparece en dos ensayos sobre sendos escritores chilenos, Luis Enrique Delano y Pedro Prado; la conversación de Prado era tan enjundiosa que, según Gabriela, «quien la disfrutó ha comido el buey de Ulises, espolvoreado con especias» (véanse, sucesivamente: O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 409; 374; 489 y 218).

<sup>26</sup> Cf. O. MORALES BENÍTEZ (ed.), *op. cit.*, 227. Parece que la escritora tuviera en mente el pasaje de *La deshumanización del arte* (1925), oficioso «Manifiesto» de las Vanguardias hispánicas, donde Ortega y Gasset afirma: «el artista ha de ser un Ulises al revés, que se liberta de su Penélope cotidiana y entre escollos navega hacia la brujería de Circe».

<sup>27</sup> Véase G. VON DEM BUSSCHE, «Presentación», en Gabriela Mistral, *Lagar II*, Santiago de Chile, 1991, 12.

<sup>28</sup> Cf. R. OROZ, *Estudios mistralianos*, Santiago de Chile, 2000, 104.

condena: «Me han traído a un país sin río/... donde pecaron otras razas,/ de pecado rojo de Atridas». Y si dentro de la atmósfera gris, triste y desolada, de «Muerte en el mar» (*Lagar*) «la niebla... rondaba como la Antígona», el «Salto del Laja» se asimila a un «Agua Antígona» suicida, cayendo al vacío (*Poema de Chile*).

La biografía de la escritora chilena está jalonada por los suicidios de varios seres queridos, entre ellos un novio de juventud y Juan Miguel (Yin Yin), el sobrino a quien había adoptado. Sumida en la desesperación por la pérdida del hijo, en «Ruta» (*Lagar II*) Gabriela se queja de no haber sabido advertir la presencia de la muerte, valiéndose de un imaginario donde resuena Esquilo: «No tropecé, no vi la nube/ no olí el olor de la Euménide,/ no oí su carrera a mi espalda;/ en mi nuca no oí su jadeo./ Feliz iba y distraída,/ y sin conjuro en la boca,/ como el niño, como el niño/ que ha de ser hasta la muerte» (vv. 21-28). La antigua divinidad, vengativa y benevolente, reaparece en el Más allá que describe a un poeta demiurgo: «Padre Goethe que estás sobre los cielos/... Procura distinguir tu prole lívida,/ medio Cordelia loca y medio Euménide» («Recado terrestre», *Lagar*).

Mención aparte merecen las recreaciones libres de Esquilo, Sófocles y Eurípides en los poemas «Antígona», «Electra en la niebla», «Clitemnestra» y «Casandra», todos ellos de publicación póstuma y que se cuentan entre sus títulos esenciales<sup>29</sup>. Según la crítica, estas composiciones sobre heroínas griegas conformarían una especie de apéndice de «Locas mujeres», la sección de *Lagar* organizada en torno a diversas figuras femeninas transgresoras, en las que se ha visto la plasmación de las otras identidades de Lucila Godoy, la mujer que se escondía bajo el pseudónimo de la poeta Gabriela Mistral<sup>30</sup>.

A la vista de este repertorio de temas y personajes mítico-literarios parece innegable el fervor helénico de la Nobel chilena, quien, no obstante, tenía establecida

---

<sup>29</sup> Las versiones de «Antígona» y «Electra en la niebla» autorizadas por la escritora aparecieron en *Lagar II* (1991). De «Casandra» y «Clitemnestra» existen dos redacciones distintas: cf. L. VARGAS SAAVEDRA, «Sobre *Almácigo*, poemas inéditos de Gabriela Mistral», *Taller de Letras* 43 (2008), 157-162.

<sup>30</sup> Cf. N. GIRONA, *op. cit.*, 45-69; M. BARRIENTOS, «La mujer y las máscaras en Gabriela Mistral», *Espéculo* 40 (2008), <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero40>>. Sobre el simbolismo de las heroínas griegas véanse A. FIGUEROA, «Locas mujeres de *Lagar II: Electra en la niebla*», en *Escritoras hispanoamericanas*, Santiago de Chile, 2001, 59-72; K. P. PEÑA, «Lamentations from the Otherworld: Greek Myth and Sexuality in the poetry of Gabriela Mistral», en *Poetry and the Realm of Public Intellectual: The Alternative Destinies of Gabriela Mistral, Celia Meireles, and Rosario Castellanos*, Londres, 2007, 38-60.

una clara prelación entre sus fuentes: «Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después son las mejores para mí, son eso que llaman *la belleza pura* los profesores de estética, las más embriagantes como fábula y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos»<sup>31</sup>. Y en el «Colofón con cara de excusa» redactado para la segunda edición de *Ternura* apostilla: «respeto por encima de todas las criaturas, más allá de mi Homero o mi Shakespeare, mi Calderón o mi Rubén Darío, la memoria de los niños, de la cual mucho abusamos»<sup>32</sup>.

Ajena a la experimentación formal de las Vanguardias, Mistral recupera los modos de la cultura oral, enriqueciendo su escritura y abriéndola a nuevas posibilidades expresivas<sup>33</sup>. Esta «oralidad residual» podría explicar no sólo los coloquialismos y arcaísmos de su vocabulario, sino también la mezcla en su poesía del imaginario bíblico-cristiano con leyendas indígenas americanas y mitos clásicos. Por lo tanto, las alusiones mitológicas de la chilena, además de una herencia del modernismo, probarían su apuesta por la cultura popular, la cual, en el caso de los antiguos griegos y romanos, pervive en sus fábulas.

Con estos materiales construye Mistral su Mito americanista, donde el lugar de la Patria está ocupado por la Tierra, la Madre que detenta las potencias de la vida y de la muerte<sup>34</sup>. «Los hombres tenemos que decir al revés que San Juan el Evangelista: *En el comienzo era la tierra*», escribe en una ocasión y en otro lugar que «la tierra es el sostén de todas las cosas»<sup>35</sup>. La afinidad de esta cosmovisión telúrica y en femenino con la *Teogonía* de Hesíodo resulta clara, sin que de ello se deduzca, necesariamente, que el beocio le sirviera de inspiración. En realidad, para valorar el peso de la cultura clásica en su obra, no tiene demasiada importancia que sus fuentes fuesen directas o intermediadas. Tampoco debiera estimarse como demérito el que aun conociendo los «nombres sumergidos» de la Madre –«Tierra, Deméter, y Gea y Pakriti»–, Gabriela Mistral no sepa si escribir «Gea» o «Ghea»<sup>36</sup>. A diferencia de los académicos y los

<sup>31</sup> Citada por J. QUEZADA, «Gabriela Mistral a través de su obra», en Gabriela Mistral, *Poesía y Prosa*, Santiago de Chile, 1993, XXII.

<sup>32</sup> Cf. G. Mistral, *Ternura*, Buenos Aires, 1952, 141.

<sup>33</sup> Véase A. M. CUNEO, «La oralidad como primer elemento de formación de la Poética mistraliana», *Revista chilena de literatura* 41 (1993), 5-14.

<sup>34</sup> Cf. N. NÓMEZ, *Poesía chilena contemporánea. Breve antología crítica*, Santiago de Chile, 2002, 23.

<sup>35</sup> Cf. L. FIGUEROA, K. SILVA, P. VARGAS, *op. cit.*, 23.

<sup>36</sup> Las expresiones entre comillas proceden de «Recado terrestre». En cuanto a la duda ortográfica, la plantea en una carta a Gabriel Méndez, fechada en México, a 20 de septiembre de

profesores los poetas pueden permitirse tales licencias y, como advertía Palma Guillén, «ella era un gran poeta y los grandes poetas se mueven en una atmósfera que a veces ahoga a los simples mortales».

---

1949: «A veces creo, padre –otra vez la paganía–, que el hombre no tiene más cura que esta agua remansada y verde que es la Ghea (no recuerdo si se escribe con o sin hache): tierra, pájaros y bestias» (cf. L. FIGUEROA, K. SILVA, P. VARGAS, *op. cit.*, 28, n. 52).